

Lección 5

El positivismo:

José María Ramos Mejía y José Ingenieros

El positivismo –sus categorías, su lenguaje y su confianza en la capacidad de la ciencia para dilucidar el presente– atraviesa algunos de los discursos más significativos que circulan en la esfera pública durante la última década del siglo XIX y la primera del siglo XX. Entre ellos, cabe destacar el texto *Las multitudes argentinas* de José María Ramos Mejía y la *Sociología argentina* de José Ingenieros. En el primero, el diagnóstico del presente se construye contando la historia de esas “multitudes”, tan exasperadamente visibles para la elite en la Buenos Aires de ese entonces. En el segundo, la apelación a la sociología –esa ciencia nueva– legitima un discurso que, a pesar de los problemas, ve en el presente la certeza de un futuro promisorio.

El movimiento positivista argentino se desarrolla entre 1890 y 1910, aunque su legado seguirá operando hasta bien entrado el siglo XX. Nacido en la primera mitad del siglo XIX, en Francia, con la filosofía de Auguste Comte (1798-1857), el positivismo marcó con su presencia toda la cultura de ese siglo. Su recepción entre nosotros es detectable en un conjunto de intelectuales vinculados a la formación de la docencia del normalismo argentino, como Pedro Scalabrini, Alfredo Ferreira, Víctor Mercante y Rodolfo Senet. No obstante, su mayor influencia se desarrollará sobre la base de las obras del inglés Herbert Spencer (1820-1903), las cuales abarcaron una reflexión sistemática sobre una enorme variedad de aspectos: la naturaleza, la historia, la sociedad, la cultura...

Si se lo coteja con la Generación del 80, en el positivismo argentino se destaca una mayor voluntad de sistematicidad, de profesionalismo, podríamos decir. Esto se percibe en las figuras de sus principales representantes: José María Ramos Mejía y, sobre todo, José Ingenieros. En ellos me basaré para delinear los rasgos fundamentales y específicos de este movimiento intelectual.

José Ramos Mejía

Ramos Mejía era miembro de una familia tradicional, proveniente de la época colonial, formado en las filas antirrosistas. Se graduó de médico en la Universidad de Buenos Aires y se especializó en patología nerviosa. Precisamente, su recepción del positivismo será a través una variante desarrollada en Italia bajo la jefatura intelectual de Cesare Lombroso (1835-1909), quien entre 1860 y 1870 funda la escuela de antropología positiva. Bajo su influencia, Ramos Mejía escribió *La neurosis de los hombres célebres en la Argentina* y *Las multitudes argentinas*. En cuanto a su actuación dentro del estado, el cargo de mayor relevancia fue el de presidente del Consejo Nacional de Educación, desempeñado entre 1908 y 1912. En esta última gestión, su pensamiento gravitó profundamente sobre un sector tan estratégico como la enseñanza primaria en la Argentina.

De su producción, seleccionamos *Las multitudes argentinas*, publicado en 1899. Una lectura ceñida al texto nos permite ver que en ese libro Ramos Mejía introduce una serie de conceptos novedosos que toma de la "psicología de las masas", una disciplina que está surgiendo a partir de algunos autores italianos y franceses, dentro de los cuales sobresale Gustave Le Bon (1841-1931), quien había escrito un libro titulado *Psicología de las masas*. Allí, el escritor francés propone observar y analizar los colectivos humanos (secta, club, multitud) como conjunto, como *persona colectiva*, dotada como tal de ciertos rasgos psicológicos: voluntad, imaginación, etcétera.

Aunque resulte algo obvio, es preciso remarcar que la emergencia de esta disciplina teórica se relaciona estrechamente con la preocupación que los sectores dirigentes experimentan ante la aparición de las multitudes urbanas. Este tema recorre todo el siglo XIX en el arco occidental, por razones que derivan tanto de la Revolución Industrial como de la presencia de las multitudes urbanas en el espacio público y político, presencia que marcará las sucesivas revoluciones francesas: 1789, 1793, 1830, 1848, 1871. Dentro del campo de los intelectuales, la revolución de 1848 constituye un parteaguas, ya que muchos intelectuales que habían apoyado estos levantamientos consideraron a partir de entonces que se trataba de movimientos básicamente destructivos. Sonó entre ellos la consigna de "vuelta al orden" y de "fin de la revolución". Otros, como Marx o anarquistas como Bakunin, celebraron en cambio esta irrupción de la masa en la escena pública.

Lo cierto es que la figura de la "multitud" como una realidad amenazante forma parte de las representaciones reactivas ante el ciclo revolu-

cionario francés y europeo en general. Una presencia en la cual —como dice Pierre Rosanvallon en su libro *El momento Guizot*— lo que inquieta es esa “visión de las multitudes revolucionarias incontrolables, masa indistinta e imprevisible, monstruo sin rostro congénitamente irrepresentable en tanto grado cero de la organicidad. El número, fuerza bárbara e inmoral que no puede sino destruir”.

Para entonces, y siguiendo los pasos del progreso del periodismo, la opinión pública del mundo americano estaba informada de esos acontecimientos; muchos de ellos —como los magnicidios anarquistas— presentados con cierta espectacularidad. Pero además, fundamentalmente, estas informaciones del extranjero se superponían con sucesos y preocupaciones que, dentro de la elite dirigente y dominante en la Argentina, planteaban la pregunta “¿qué hacer con las masas?”. Una pregunta, como veremos, que ya no dejará de aparecer en forma recurrente en el panorama nacional.

Pero ¿qué son estas masas o multitudes en el momento en que Ramos Mejía escribe? Por cierto, ya no son las tradicionales masas rurales que animaron las luchas y guerras durante el siglo XIX. El estado nacional centralizado tiene por fin el control unificado de la fuerza legítima. Para entonces, las últimas montoneras están en franca retirada y el campo está pacificado.

De modo que las multitudes que “hacen problema” en el giro del siglo XIX al XX son ahora las multitudes urbanas, que en el caso argentino se hallan entremezcladas con el mundo de los trabajadores y, por ende, con la inmigración (dado que trabajador e inmigrante son categorías que en su mayoría se superponen). Esa presencia novedosa, ya vida muchas veces como amenazante (o al menos inquietante), motiva, aun desde miradores tan distantes como el de Gustave Le Bon y el de José María Ramos Mejía, una pregunta: ¿cómo evitar que la presencia de las masas afecte la gobernabilidad y el reconocimiento del papel rector de la minoría dirigente? Aquí es donde el saber positivista se ofrece como respuesta. Porque para dominar ese fenómeno primero hay que conocerlo, y el positivismo cree haber descubierto leyes científicas sobre los hechos sociales. En este proceso de conocimiento elabora toda una representación, una visión de las masas y, como contracara necesaria, una representación de la relación entre masas y elites.

En concreto, podemos ver que los análisis y propuestas de Le Bon y sus seguidores pueden enmarcarse perfectamente como respuestas a un fenómeno político-social inscripto a su vez dentro del fenómeno ya señalado de la secularización de los tiempos modernos. Resumiendo,

podemos decir que en una época de progresiva laicización, de progresiva caída de las creencias religiosas como eje ordenador de la vida social, es preciso contar con otros elementos simbólicos capaces de sustituirlas como *cemento* de la sociedad, como fuerzas capaces de organizar y orientar una voluntad colectiva. Piensan entonces que no se trata de lamentarse frente a ese ingreso sin retorno en “la era de las muchedumbres”; sino de aceptar este dato en toda su crudeza para extraer de su estudio objetivo las enseñanzas necesarias para gobernarlas. Gustave Le Bon había escrito al respecto: “Quien conozca el arte de impresionar la imaginación de las muchedumbres conoce también el arte de gobernarlas”.

Sabemos, por lo demás, que se trata de un tema de muy larga duración que nos remite hasta la Antigüedad. Sabemos asimismo que la manera de designar y valorar ese sujeto colectivo llamado “masa” o “multitud” ha variado a lo largo de la historia, y que esas valoraciones habilitaron diversas denominaciones: “plebe”, “pueblo”, “chusma”... Cuando llegamos a Ramos Mejía y otros intelectuales de su grupo, observamos que los nombres más utilizados son “masa” y “multitud”; con ellos se designa un conjunto indiferenciado de personas, una realidad social magmática y confusa.

Es comprensible que ese fenómeno confuso se haya presentado como un desafío a las nascentes ciencias sociales. Después de todo, el positivismo confía en que la observación unida a la razón puede detectar un orden, una legalidad, que escapa a quienes están desposeídos de estos instrumentos intelectuales. Además, y esto es fundamental, quien encuentre esa clave podrá prever y hasta encauzar el curso de las grandes movilizaciones populares.

Precisamente éstos son los desafíos teóricos a los que Le Bon (y Ramos Mejía en su estela de influencia) trata de responder. Adopta ese enfoque a partir de la *psicología de las masas*, una suerte de subdisciplina dentro de la nascente sociología. Para ésta, se trata de analizar a las masas o multitudes como si se tratara de un organismo colectivo dotado de funciones psicológicas. Aquello que dota a esta disciplina de un objeto propio es que esas masas, si bien son un conjunto de individuos, componen algo más, distinto de la suma de esos individuos. Esto es, que al ingresar en el “estado de multitud”, el individuo adopta comportamientos diferentes de los que desarrollaría al actuar por sí solo.

Pero notemos que en la base de su razonamiento se halla un dato sorprendente: para el intelectual francés, el *lazo social*, aquello que reúne a los individuos, los aglutina, los cementa, es un lazo simbólico (como es

simbólica la reunión de una hinchada de fútbol en torno de una bandera, el símbolo de su club). Y la simbología que opera pertenece al ámbito no de lo racional (por ejemplo, un conjunto argumentado de principios), sino al de lo emocional, irracional, mítico.

Concretamente, Le Bon mantiene para el *individuo* el carácter definido desde Descartes en el siglo XVII y sostenido por el liberalismo en los siglos siguientes, tal como hemos visto en lecciones anteriores. Esto es, el individuo como un sujeto racional, consciente, dotado de una voluntad libre, autónoma, que puede regular su comportamiento según normas racionales. Por el contrario, la *multitud* es una entidad inconsciente e irracional, que actúa por impulsos que ella misma desconoce y con finalidades que escapan a una lógica racional.

Se trata de un dato sorprendente no bien se lo coteja con las teorías contractualistas ya vistas. Recordemos que, en estas últimas, el lazo social se construye sobre bases racionales. Se dice por ejemplo que en Hobbes aquello que lleva a los seres humanos a constituir sociedad se debe a un cruce de temor (por el estado de inseguridad permanente antes del pacto) sumado al cálculo racional (elijo racionalmente ceder parte de mis potencias para salir del estadio de "guerra de todos contra todos").

En cambio, cuando Le Bon expone su *Psicología de las masas*, considera que, al ser parte de una multitud, el individuo es distinto de cuando está aislado, es decir, que el ingreso en estado de multitud produce efectos sobre su comportamiento. Fundamentalmente, el individuo que mientras está aislado es un ser racional, al ingresar en una multitud actúa impulsado por móviles concebidos como irracionales. Cualquier individuo que ingrese en el seno de una multitud se enajena (ya no decide por sí sino por alguien ajeno, por otro), pierde su autonomía racional.

Llamemos la atención sobre el hecho de que de este modo se introducía en las ciencias sociales la noción de "inconsciente", que en esos mismos años estaba siendo adoptada por distintas fracciones de intelectuales: médicos, psiquiatras, filósofos y escritores (Freud y su fundación del psicoanálisis son el ejemplo ineludible). Proyectada esta idea sobre el papel de las multitudes en la historia, producía efectos historiográficos en la línea de lo que en nuestros días se denominaría "el descentramiento del sujeto". En efecto, se producía así un desplazamiento del individuo soberano de sus prácticas, tantas veces encarnado en los grandes hombres. Grandes hombres, a su manera, habían sido Facundo para Sarmiento y Belgrano y San Martín para la historia escrita por Bar-

tolomé Mitre. Ahora, mediante aquel desplazamiento, en *Las multitudes argentinas* Ramos Mejía se despidе de la historia de batallas y de héroes para atender a lo que llama “las fuerzas ciegas que discurren en las entrañas de la sociedad y que cumplen su destino sin odios ni cariños”.

En esta misma frase ya está enunciada la tesis acerca del móvil de las multitudes, de aquello que las moviliza, que las guía; en otras palabras, tenemos el secreto de la lógica de su acción social. (Esto es, tenemos la respuesta a la pregunta ¿por qué hacen lo que hacen?) Ya sabemos que la respuesta es que las masas, las multitudes, no son movidas a la acción por el razonamiento sino por factores irracionales. Ahora, más concretamente, se nos dirá que la muchedumbre no piensa con conceptos sino que “piensa por imágenes”. Así —escribe Ramos Mejía— las multitudes, no pudiendo pensar “sino por imágenes, no se deja[n] impresionar sino por ellas, y sólo las imágenes las aterrizan o las seducen, convirtiéndose en los únicos móviles de sus acciones”.

En síntesis, en todas estas consideraciones queda claro que el intelectual y funcionario estatal que es Ramos Mejía acepta con un pretendido realismo un tanto estremecedor que, ante las masas, más que la argumentación racional valen los recursos del lenguaje y las imágenes sugestivas. Y digo “ante las masas” porque nuestro autor establece que este fenómeno de ruptura con la entera tradición iluminista sólo se verifica en el terreno de las clases subalternas. Estos sectores obreros y populares están compuestos —sostiene Ramos Mejía— por elementos anónimos, sin personalidad, de inteligencia vaga, sistema nervioso rudimentario, poco educados, que piensan con el corazón y a veces con el estómago.

Encontramos aquí revelada con absoluta franqueza la que probablemente fuera una idea ampliamente difundida dentro de la minoría política y cultural dirigente hacia 1900. Es interesante esta comprobación dado que un tema fascinante en la historia cultural es observar la relación entre las ideas y creencias de la clase dirigente y las de la cultura popular. Es preciso retener esta consideración para retomarla cuando, en 1916, esta misma clase dirigente se vea sorprendida (de manera desfavorable, a su entender) por el ascenso al poder político de Hipólito Yrigoyen, quien vendría a expresar en cierta medida a sectores fundamentales de aquellas clases subalternas.

Se ha producido un giro fundamental; podemos apelar a varias citas que respaldan este viraje y nos advierten acerca de la importancia cultural de este nuevo derrotero tomado por la cultura occidental. En su contribución a la *Historia de América Latina* (editada por la Universidad de Cambridge), Charles A. S. Hall afirma que “las doctrinas liberales

clásicas basadas en la autonomía individual dieron paso a teorías que construían al individuo como parte integral del organismo social". Carl Schorske, en *Viena Fin-de-Siècle*, ha descripto en los siguientes términos esa "crisis del yo liberal":

En nuestro siglo, el hombre racional ha tenido que dar lugar a esa criatura más rica pero más versátil y peligrosa, el hombre psicológico. Este nuevo hombre no es meramente un animal racional, sino una criatura de sentimientos e instintos.

Tal ha sido para un autor como Robert Nisbet la magnitud de este giro cultural que en *La formación del pensamiento sociológico* la ha equiparado con aquella otra tan diferente que señaló la decadencia de la Edad Media y el advenimiento de la Edad de la Razón, esto es, del Iluminismo, tres siglos antes.

Pero ya sabemos que todo proceso de recepción implica traslaciones, desvíos, modulaciones diferentes. Así, si bien Ramos Mejía adhiere en términos sustantivos al mensaje de Le Bon, le introduce una corrección sintomática. Afirma en aquel texto que un miembro de la elite posee la distancia crítica suficiente para no caer nunca en el estado de multitud; esto es, coloca en un plano superior de racionalidad a la elite respecto de la multitud. Sin duda, reencontramos aquí inquietud y hasta una cierta alarma, como se ve al final del libro, donde se lee que si no se reacciona a tiempo la multitud conducida por líderes socialistas puede tomar el poder. No obstante, termina imperando una mirada que sigue confiando en las capacidades de la clase dirigente para encauzar los efectos no deseados de la presencia de esas "multitudes argentinas".

Empero, es cierto que también en Le Bon se pone de relieve el papel de los *líderes* en el seno de esas multitudes. En realidad, dicho término aún no ha ingresado en el diccionario político de los argentinos. De allí que Ramos Mejía utilice el término francés: *meneurs*, que significa "conductores, guías, líderes". Esto es fundamental porque en la concepción de Le Bon la multitud es necesariamente conducida por esos líderes (que Max Weber llamaría "líderes carismáticos"). Son ellos los que guían a las multitudes, y por eso puede concluirse que la clase dirigente debería dotarse de semejantes sujetos.

Si seguimos pensando en esta línea, debe resultarnos sintomático que un fenómeno novedoso dentro de la historia de las ideas argentinas que aparece en el período sea la relectura de la figura de Juan Manuel de Rosas. Hasta entonces la imagen privilegiada dentro de la elite

dominante era la que habían introducido algunos miembros de la generación unitaria y luego de la Generación del 37: Rosas había sido un déspota sanguinario. Para la década del 90, en cambio, nuevos miembros de la elite, como Adolfo Saldías y Ernesto Quesada, elaboran algunos estudios donde se separan de esa versión unívoca, maciza, y comienzan a matizar su imagen. Es evidente que sobre ellos está operando un rasgo atractivo de la figura de Rosas, que apunta a la concepción de que en él se personificaría el encuentro de las masas con un líder. El propio Ramos Mejía escribirá en 1907 un extenso estudio titulado *Rosas y su tiempo*, donde afirma que, durante el gobierno del Restaurador de las Leyes, el pueblo —que según la psicología de las masas juzga siempre más por el sentimiento que por la razón— encontrará en Rosas a su conductor necesario. Precisamente, *Las multitudes argentinas* es el escrito que servirá de prólogo a ese estudio sobre Rosas.

Al retornar al análisis de este libro vemos de pronto que, junto con aquella caracterización de irracionalidad, minoridad y afeminamiento (las multitudes son dibujadas con la ingenuidad de los niños y el apasionamiento que una larga tradición androcática o machista atribuye a las mujeres), junto con su representación como una fuerza fenomenal vaciada de inteligencia y raciocinio, surge inopinadamente la afirmación de que las masas son capaces de protagonizar actos de barbarie pero también de heroísmo; junto con su espontaneidad y violencia, también pueden contener el heroísmo de los seres primitivos. Es desde esta ambigua perspectiva que, en *Las multitudes argentinas*, Ramos Mejía pasa revista al pasado nacional.

En ese relato introduce algunas modificaciones significativas respecto de las versiones historiográficas hasta entonces dominantes. Así, recordemos que los hombres del 80 habían denunciado un descenso de las virtudes republicanas incluso dentro de la propia elite, pero habían contrastado esas actitudes con un pasado patricio en el que aún imperaban las viejas cualidades. Ramos Mejía, en cambio, considera que la ausencia de sentido republicano y nacional dentro de la elite se hunde en una historia que se confunde con sus mismos orígenes. Más aún, y sorprendentemente, entiende que ante este comportamiento degradado, fueron las masas, las multitudes, las que tuvieron actitudes más acordes con el civismo y el patriotismo, ya que desde la época colonial las clases elevadas habían aspirado sólo a un liberalismo egoísta, reducido a obtener beneficios personales. Para ello se habían aliado con “el gobierno mismo, en perfecta concordancia con la iniciativa de los vecinos más influyentes de la ciudad”. Esta actitud, que linda con la inmo-

ralidad republicana, se evidenció durante los episodios de la Reconquista de Buenos Aires contra los invasores ingleses. Entonces —escribe Ramos Mejía—, mientras “hervía en el seno de la muchedumbre el más vivo entusiasmo por la venganza, las clases superiores y los burgueses ricos y meticulosos habían resuelto aceptar los hechos consumados”.

Si afinamos la lectura comprobaremos hasta qué punto el libro analizado muestra otra vez que la historia se escribe desde las inquietudes del presente. Porque, de los dos fenómenos indicados, el primero se resume diciendo que la Argentina nació con una clase dirigente más burguesa que republicana. Esto es lo que podemos interpretar cuando Ramos Mejía señala los males derivados de la inexistencia en Buenos Aires de “la culta y orgullosa aristocracia” que en el Alto Perú formaba el núcleo social de una clase *legítimamente dirigente*. El segundo fenómeno subraya, como contrapartida, la función altamente positiva de *la plebe* argentina en el proceso emancipatorio abierto en 1810. De hecho, las grandes victorias en nuestra historia política provienen de ella: “La revolución argentina es la obra más popular de la historia y la menos personal de toda la América Latina”. No es difícil concluir, en este tramo de la lectura, que Ramos Mejía lamenta en su propio presente las claudicaciones de su propia clase dirigente y la ausencia de aquellas multitudes de la emancipación.

¿Pero es que acaso con ello este miembro de la elite invertía la visión de la relación entre una elite dirigente y unas masas dirigidas? En absoluto. Porque allí mismo aclara que el aporte de aquellas multitudes a la conformación de la nacionalidad consistió en una contribución literalmente *material* y energética. Leamos: las masas “no trajeron colaboración intelectual a la civilización argentina, sino puramente física. [...] Su función parece más bien biológica que política”. Apela aquí a una figura, a un tópico, que remite a las tradiciones universales más antiguas: el papel vivificador de la barbarie ante una sociedad adormecida y corrompida por exceso de comodidades y de bienes materiales. Por eso, en el pasado nacional Ramos Mejía admira a “esos bárbaros, físicamente tan vigorosos en su musculatura de hierro”, que aportaron su contingente de sangre aséptica a las ciudades exhaustas.

Desde estas filosofías y proclamas vitalistas se respondía entonces al fantasma de la decadencia o de la degeneración que recorría el final del siglo XIX en todas las naciones occidentales. Esta decadencia era asociada a ciertos supuestos males de la modernidad: exceso de civilización, sofisticación en el consumo y el confort, vida antinatural en las grandes ciudades, espíritu de análisis hiperracionalista, abulia o pér-

dida de la voluntad. Con estas interpretaciones adaptadas a su medio local, el autor de *Las multitudes...* acompañaba también el motivo de época que denunciaba el exceso de civilización como causa de debilitamiento, y señalaba la necesidad de estímulos reenergizantes. En efecto, la literatura y la filosofía del momento habían comenzado a exaltar las fuerzas instintivas y a denunciar el análisis intelectualista como opuesto al vigor de la acción. Friedrich Nietzsche (1844-1900, quien entre 1883 y 1885 publicó su muy exitosa obra *Así habló Zaratustra*) era para entonces uno de quienes expresaban de manera más cabal esta reacción anti-intelectualista. En los escritos de Ramos Mejía se encuentran citas que registran sus lecturas del filósofo alemán. Dice, por ejemplo, que para conducir y seducir a las multitudes heterogéneas del Río de la Plata fue preciso un superhombre criollo tallado en el espíritu de Zaratustra. Y justamente en Rosas se cumpliría “la glorificación de los instintos rebeldes y agresivos contra toda convención social [...], de conquista y de presa, [...] una afirmación de la energía humana triunfante, brutal, implacable para los otros”.

Después de todo, según esta perspectiva, si Rosas triunfó sobre los demás caudillos fue porque en su personalidad se produjo la síntesis de los hábitos urbanos con los instintos campesinos y bárbaros. Resumen de las bajas aptitudes morales de la plebe urbana, el Restaurador conformaba simultáneamente un genuino producto de la multitud de los campos, y ambas encontraron en él a su líder, nacido de la más genuina expresión de esa superabundancia de energía a la que Darwin –afirma Ramos Mejía– atribuiría un despertar tan salvaje como vital de las pasiones más bravías.


Al inscribir estos temas en la narrativa de la elite argentina, nuestro autor oponía un pasado rural y bárbaro al mundo urbano de su tiempo presente. En este último encontraba una inmigración con comportamientos egoístas y afanes de enriquecimiento veloz que conspiraban contra los valores republicanos. Como contrapartida, tanto el mundo rural gaucho como el caudillismo del pasado (que en *Facundo* hemos visto como causas y efectos del atraso argentino) adquieren una valoración claramente positiva. También, frente a una clase dirigente que a fines del siglo XIX ha perdido el rumbo, nuestro autor rescatará la figura de Juan Manuel de Rosas, a quien en 1907 le dedicará un voluminoso estudio titulado *Rosas y su tiempo*.

Debo señalar que esta visión matizada y a veces reivindicatoria de quien había sido condenado por las generaciones unitaria y del 37 no era original. Había sido precedida por la historia de Adolfo Saldías so-

bre Rosas en tres volúmenes (publicados en 1881, 1884 y 1887), seguida por la de Ernesto Quesada en 1898 con *La época de Rosas*. Es evidente que todos ellos encontraron en el Restaurador de las Leyes un ejemplo deseado para sus propios tiempos, tiempos en los que ven el mismo inquietante divorcio entre masas y elites que había señalado Vicente Fidel López en el prefacio de su *Historia de la República Argentina*.



La campaña de los *ejércitos libertadores* es uno de los episodios más bellos de la gran guerra: es un drama de la escuela impresionista, un cuadro con los colores excesivos de Fortuna y las extravagancias vesánicas de los *aguafuertes* de Goya. Tiene de todo: la barbarie pujante y siniestra de los personajes de la Orestíada; la sencillez maravillosa de los Persas; la originalidad, el sabor y la tonalidad vigorosa de las cosas indígenas, con su arritmia de actitudes y su calor de ejecución. Y no me digáis que la escena es asaz modesta y los personajes oscuros para dar tanta sensación, porque todo el teatro de Esquilo, que ha enseñado al mundo que es la belleza trágica, no recurre jamás a otro procedimiento que al que le brinda la sublime sencillez de sus cuadros iluminados por el genio. A pesar de todo, la barbarie de esa multitud tiene el simpático saber de todo lo que es grande y original. ¡No sé qué extraño efecto me producen aquellos terribles tercios de Rosas, qué tan profundas impresiones hicieron experimentar a Sarmiento cuando los vio después de Caseros! ¡Qué secretos los que encierra el alma de esas multitudes! Generosas pocas veces, inconscientemente abnegadas muchas, bárbaras e impulsivas siempre, van a donde las llevan, como la fiera domesticada detrás del domador. Esos soldados –dice Sarmiento en uno de sus párrafos lapidarios– carecieron diez años del abrigo de un techo y nunca murmuraron; la pasión del amor, poderosa e indomable en el hombre como en el bruto, pues que ella perpetúa la sociedad, estuvo comprimida diez años, y nunca murmuraron; la pasión de adquirir, como la de elevarse, no fue satisfecha entre los soldados; las afecciones de familia fueron por la ausencia extinguidas, los goces de las ciudades casi olvidados, todos los instintos humanos atormentados, y nunca murmuraron.

José María Ramos Mejía, *Las multitudes argentinas*, Buenos Aires, Lajouane, 1899. 

Por cierto, al igual que estos dos precedentes, Ramos Mejía condena el terror rosista, al que califica de "brutal y excesivo". Pero de aquella época, y frente a la "gruesa capa de elemento extranjero que ha incorporado a la nuestra su sangre fría", aprecia en aquellas masas rurales la abnegación y obediencia que las llevó a desempeñar un papel positivo en las guerras de la independencia y en las luchas civiles argentinas. Pero entiende también que estas cualidades habrían sido una pura fuerza ciega sin un *meneur* o conductor, función que Rosas había cumplido en forma acabada.

Es claro que se trataba en estos casos de diversas evaluaciones sobre la relación líderes-masas. Por consiguiente, estamos ante un tema considerable, ya que esta relación es fundamental para comprender el curso de la historia política argentina prácticamente hasta el presente. Tenemos aquí un primer esquema valorativo de ese fenómeno hacia la época que nos ocupa. Podemos ver así que para, Vicente Fidel López, el caudillismo era un hecho negativo, mientras que Mitre encontraba en éste la expresión de sentimientos democráticos e igualitarios que continuaban entonando la consigna gaucha del "naides es más que naides". Claro que esos sentimientos espontáneos debían ser canalizados por instituciones liberales y republicanas.

En cuanto a Ramos Mejía, ya se hallaba presente el temor de que esos sentimientos fueran aprovechados por líderes demagógicos para explotar la ignorancia de las masas. De modo que, al hablar del pasado criollo, puede aún celebrar aquel espíritu energético y aun bárbaro como contribución a la nacionalidad argentina. Pero cuando se instala en su presente, tanto el fenómeno inmigratorio como la presencia del activismo político socialista lo hacen mostrarse temeroso y cauteloso. Esto aparece nítidamente en el final de *Las multitudes argentinas*. Allí leemos que hasta tanto surja una auténtica "multitud política" que sustituirá orgánicamente a las actuales agrupaciones artificiales y personalistas, por no decir facciosas, permanecerá el temor de que "el día que la plebe tenga hambre, la multitud socialista que la organice sea implacable y los *meneurs* que la dirijan representen el acabado ejemplar de esa canalla virulencia que lo contamina todo".

Nuevamente y para concluir, era el mismo sentimiento de temor ante la invasión y el asedio que hemos ya detectado en algunos miembros de la Generación del 80. Sin ir más lejos, se trataba de lo que un autor contemporáneo como P. A. Taguieff ha marcado como rasgo de una concepción liberal radicalmente antipopulista, que "se basa en el temor de las elites tradicionales a la nueva alianza entre el poder irracional de las

masas y el estilo groseramente personalista de ciertos líderes de tendencia demagógica". Enseguida veremos de qué modo, para conjurar aquel riesgo, y desde la dirección del Consejo Nacional de Educación, Ramos Mejía apostó a la escuela pública como resorte de nacionalización de las masas que obrara como barrera ante la penetración de ideas subversivas del orden conservador.

Pero volviendo a *Las multitudes argentinas*, observamos que aquel movimiento de reinterpretación del pasado nacional llevaba a invertir también el eje historiográfico que colocaba a Buenos Aires en el centro y origen del movimiento de la civilización que luego se habría expandido por el interior. Ahora, la revaloración del mundo rural lleva, por el contrario, a considerar la ciudad de Buenos Aires como un fenómeno anómalo dentro del cuerpo nacional. No era por cierto una mirada novedosa, ya que Alberdi, antes de la federalización de Buenos Aires, había desarrollado esta antinomia Buenos Aires-interior, la cual construirá un tópico, un tema, que ya no abandonará las visiones de los argentinos.

Otro aspecto ya mencionado y presente en su libro es el tema inmigratorio, que como vimos constituía una de las obsesiones del momento. Dentro del espíritu positivista, para su tratamiento Ramos Mejía apela a unos criterios y una retórica provenientes del *darwinismo social*. Se conoce con este nombre a las concepciones que adoptaban criterios extraídos de las revolucionarias posiciones de Darwin sobre la evolución de las especies para aplicarlas a la lectura de los hechos sociales. La traducción resultaba sencilla y tentadora en un momento de intensas luchas sociales y de expansión colonialista de los países más desarrollados en el planeta. Esta ideología funcionó como una racionalización, una justificación y una explicación pseudocientífica del derecho de los más poderosos (ya fueran naciones o clases sociales) sobre los débiles. Esa posición tenía además ese simplismo que suele tornar más convincentes los razonamientos.

No obstante, más allá de que el darwinismo social desarrolló una concepción anticientífica disfrazada de científicidad, resultará útil echar una rápida mirada a la teoría biológica darwiniana para comprender el clima intelectual que contribuyó a generar, dentro del cual florecieron las interpretaciones del positivismo argentino. Resumiendo estas ideas, digamos que, en *El origen de las especies* (1859), Charles Darwin postuló una ley general según la cual las especies vivientes luchan por la supervivencia, y triunfan aquellas que mejor se adaptan al medio. Estas últimas se desarrollan y expanden, mientras las demás se extinguen. De

manera que la historia de la vida sobre la Tierra nos muestra una sucesión de especies que se alternan en su desarrollo. A esto se lo llamará "evolución" de las especies, término que al cruzarse con la idea entonces dominante de "progreso" suele inducir a error. Porque la teoría darwiniana habla de "adaptación" y no de progreso, y nadie puede demostrar que los mejor adaptados sean superiores a quienes no pudieron adaptarse. Un ejemplo clásico lo ofreció el hallazgo de restos fósiles de jirafas de cuello corto. La explicación de Darwin es que en una época lejana éstas convivían con otras de cuello largo, tal como las que conocemos. Al producirse cambios importantes en el medio, se habrían extinguido las pasturas del suelo y sólo habrían sobrevivido aquellas cuyo largo cuello les permitió alimentarse de las copas de los árboles. Las demás desaparecieron. No hay aquí, como verán, evolución o progreso, sino simplemente supervivencia de hecho de una especie favorecida por razones genéticas enteramente azarosas. (Azarosas en la medida en que no existe en este razonamiento un gran plan que garantice el mejor curso posible en el desarrollo de la vida.)

Sin embargo, el efecto ya no científico sino cultural de la teoría darwiniana residió en cuestionar severamente el dogma creacionista judeo-cristiano inscripto en el Génesis bíblico. Porque para Darwin no hay especies fijas e inmutables creadas de una vez y para siempre, sino formas variables que se suceden a lo largo de millones de años, dado que se estaba entonces también mostrando que ésa era la edad de la Tierra y no los miles de años que había calculado la tradición bíblica.


Para que se entienda este impacto cultural, citaré una opinión de Sigmund Freud. Según ella, el ser humano habría padecido tres grandes impactos narcisísticos, tres grandes heridas al orgullo de su *yo*. En primer lugar, las teorías de Copérnico y de Galileo, por las cuales se postuló que la Tierra no es el centro del universo sino un fragmento entre tantos otros girando en el espacio. Luego, la teoría de Darwin, que sostiene que el ser humano no está hecho a imagen y semejanza de Dios, sino que desciende de otras especies que no gozan de tal pretensión de dignidad. Finalmente, la teoría del propio Freud, que afirma que los seres humanos no nos ajustamos a la definición aristotélica de "animales racionales", ya que buena parte de nuestra conducta está regulada por las fuerzas ocultas del inconsciente.

Es cierto sin embargo que estos factores fueron opacados ante los ojos de la intelectualidad por una celebración sin duda narcisística. Era la celebración de la capacidad de la ciencia para develar los misterios más profundos de la realidad. Veamos al respecto el siguiente par de

extensas citas, una de fuente europea y otra argentina, donde se palpa, se percibe el admirado orgullo ante los logros de la ciencia.




[La ciencia] prolongó la vida; mitigó el dolor; extinguió enfermedades; aumentó la fertilidad de los suelos; dio nuevas seguridades al marino; suministró nuevas armas al guerrero; unió grandes ríos y estuarios con puentes de forma desconocida para nuestros padres; guió el rayo desde los cielos a la tierra haciéndolo inocuo; iluminó la noche con el esplendor del día; extendió el alcance de la visión humana; multiplicó la fuerza de los músculos humanos; aceleró el movimiento; anuló las distancias; facilitó el intercambio y la correspondencia de acciones amistosas, el despacho de todos los negocios; permitió al hombre descender hasta las profundidades del mar, remontarse en el aire; penetrar con seguridad en los mefíticos recovecos de la tierra; recorrer países en vehículos que se mueven sin caballos; cruzar el océano en barcos que avanzan a diez nudos por hora contra el viento. Éstos son sólo una parte de sus frutos, y se trata de sus primeros frutos, pues la ciencia es una filosofía que nunca reposa, que nunca llega a su fin, que nunca es perfecta. Su ley es el progreso.

Thomas Macaulay (1837), "Ensayo sobre Bacon", en *Ensayos sobre política y literatura*, Madrid, Librería de Hernando, 1902. 


Casi seis décadas más tarde y entre nosotros, en el número I de la revista *La Escuela Positiva*, editada en Corrientes en febrero de 1895, Alfredo Ferreira extendía esta confianza y la convertía en sistema:

El positivismo es la ciencia espiritualizada, sistematizada y generalizada. Fuera de la ciencia no hay nada: después de abrazar el arte y la industria, ella puede llegar hasta predecir la aparición de un grande hombre con el advenimiento de un acontecimiento social del futuro, como el paso de un cometa en el cielo.

Florentino Ameghino (1854-1911) será entre nosotros quien, de modo tal vez más entusiasta, adhiera a la celebración de la ciencia a partir de dichos éxitos, tal como lo muestran sus palabras de 1881, que tanto recuerdan a la cita de Macaulay ya referida.



La ciencia ha llegado a investigar y conocer un grandísimo número de las leyes de la naturaleza que rigen en nuestro planeta y aun en la inmensidad del espacio. Ahí podréis ver que los adelantos de la física, la química y la mecánica han producido verdaderas maravillas que no tendrían nada que envidiar a los famosos palacios encantados y demás obras que los supersticiosos pueblos orientales atribuyen a las hadas, a los magos y a los nigromantes. Allí veréis que, gracias a los adelantos de la mecánica, el hombre ha conseguido fabricar verdaderas ciudades flotantes que atraviesan el océano en todas direcciones, transportando naciones de uno a otro continente. Con los adelantos de la óptica ha penetrado el secreto de otros mundos que se encuentran a millares de millares de leguas de distancia de la tierra. Por medio de la electricidad se ha adelantado al tiempo, ha arrebatado el rayo a las nubes, transmite la voz amiga a luengas distancias y reproduce la luz solar en plenas tinieblas nocturnas. Con el descubrimiento del vapor y sus aplicaciones, ha multiplicado sus fuerzas a lo infinito, y en el día cruza la atmósfera con mayor velocidad que el vuelo de las aves, viaja por la superficie de la tierra y del agua con pasmosa celeridad, desciende al fondo del mar y pasa por debajo de las más altas montañas. A cada nuevo descubrimiento se hacen de él mil aplicaciones distintas y este mismo conduce a otros de más en más sorprendentes.

Florentino Ameghino, *Conceptos fundamentales*, Buenos Aires, El Ateneo, 1928. 

Por cierto que difícilmente pueda encontrarse en la Argentina a alguien que haya encarnado aquella figura de manera más cabal que Florentino Ameghino, como lo seguirán revelando ya avanzado este siglo tanto su prestigio como símbolo del progresismo laico como la oposición que seguía cosechando entre los sectores católicos tradicionales.

Por otra parte, provenientes del mundo europeo, libros de gran venta como *Fuerza y materia* de Luis Büchner o *Los enigmas del universo* de Ernst Haeckel divulgaron esa versión cientificista hacia sectores mucho más amplios que los específicamente intelectuales. Un hijo bastardo de ese espíritu cientificista fue el darwinismo social, esto es, la extensión anticientífica de algunos postulados del evolucionismo a la interpretación de las sociedades. Más aún cuando aquellos postulados se cruzaron con el racismo. Aclaremos que por “racismo” debemos en-

render una concepción que afirma una correspondencia entre ciertos caracteres físicos hereditarios y ciertas capacidades intelectuales y morales. A este universo pertenecen afirmaciones tales como: "Los blancos son más inteligentes que los negros" o "Los mestizos son mentirosos y ladrones". Tengamos en cuenta por fin que toda versión racista se opone al programa de la Ilustración y a todo programa que sostenga que la educación puede transformar y mejorar a los individuos, porque justamente el racismo concibe la raza como una determinación que no puede ser modificada por la educación y la cultura. Sea como fuere, concretamente, en los siglos pasados y aun en el presente siglo como muy especialmente la creencia en la superioridad de la raza blanca sobre las demás.

En el texto de Ramos Mejía que hemos considerado, se encuentran algunas afirmaciones racistas y sociodarwinianas, pero ellas están justamente relativizadas y aternuadas por el papel transformador adjudicado a la educación. Es cierto que al referirse a los inmigrantes nuestro autor se está refiriendo a una población también blanca, lo que facilita la adopción de una dosis de integracionismo paternalista que considera a los extranjeros como un aporte conflictivo aunque imprescindible para la construcción de una nación moderna. Según esta perspectiva, para garantizar dicha integración bastará con la educación pública y con las oportunidades de progreso material que la Argentina ofrece en aquellas sías a los extranjeros recién llegados. También con la potencia integradora y pedagógica del ambiente argentino sobre la psicología del inmigrante: "El medio —decimos en *Las multitudes*...— opera maravillas en la física manoseamiento de su cerebro así vígen". Ese medio será una sía conocida: *la prensa*, que ya no es entonces el espacio desértico señalado por Sarmiento y Alberdi, sino el medio que civiliza a los inmigrantes. Podemos así ver en concreto cómo se resignifica una y otra vez ese sipo fundamental del imaginario argentino que es "la prensa".

De todos modos, es cierto que en el texto mismo de Ramos Mejía se encuentran afirmaciones de *asimilación* (esto es, de rechazo al *devenir*), sobre todo cuando sostiene nuestro autor que la presencia extranjera puede resultar a veces *excesiva* y hasta *abrumadora*. "Como son tantos, todo lo inundan: los reclusos de segundo y tercer orden, los pobres que son grade, los libertos porque son devotos y manamente creyentes, las calles, las plazas, los salones, los hospitales, los circos y los mercados". Empero, no se deja de observar con simpatía la voluntad de integración de esos inmigrantes que se obtusan en disfrazarse de guachos para los carnales. Aquella ingenuidad estimulada por la libertad y el trabajo conforma para Ramos Mejía el signo positivo de un aporte

sustancial para la nacionalidad argentina en construcción, hasta el punto de concebir a la primera generación de inmigrantes como la depositaria del sentimiento futuro de la nacionalidad en su concepción moderna.

También aparece aquí otra obsesión de los escritos de la época: marcar los límites, los *bordes*, dentro de ese mundo de extranjeros entre quienes asumen la función laboriosa y aun patriótica y otros componentes de una especie de fauna degenerada o peligrosa que crece en la confusión de las multitudes urbanas. En ese auténtico zoológico social, Ramos Mejía describirá los tipos desviados: el guarango, el canalla, el huaso y el compadre, y se detendrá en la denuncia del burgués, que se enriquece con la usura y permanece impermeable a las virtudes de caridad y patriotismo. Cuando su deseo de acumulación inmoderada no resulte encauzado, “este burgués *aureus*, en multitud –advierte–, será temible, si la educación nacional no lo modifica con el cepillo de la cultura y la infiltración de otros ideales que lo contengan en su ascensión precipitada hacia el Capitolio”. He aquí entonces claramente expresado el temor casi paranoico ante esos extranjeros que rápidamente han comenzado la carrera del ascenso social y que ya para el Centenario empiezan a ocupar destacadas posiciones en el país.

Otro peligro para la clase dominante lo ofrece el *guarango* porque ejercita la temida estrategia de la simulación, tema de época que se encarna en la obsesión de la elite, que pretende detectar las calidades reales de quienes pujan por incorporarse a los círculos prestigiosos. Al respecto, Ramos Mejía resulta tranquilizador para su propio sector, ya que si bien el guarango ha recibido las bendiciones de la “instrucción” en la forma habitual de “inyecciones universitarias”, no deja de ser “un mendicante de la cultura”. Le falta ese abolengo –dice– que sólo pueden proporcionar “el hogar de tradición” o “la cultura universitaria” cuando esta última “no es simplemente profesional y utilitaria como la nuestra”. Por eso, “aun cuando le veáis médico, abogado, ingeniero o periodista, le sentiréis a la legua ese olorillo picante al establo y al asilo de guarango cuadrado”. Un retorno biologizado de lo reprimido tarde o temprano lo desenmascarará:

Le veréis insinuarse en la mejor sociedad, ser socio de los mejores centros, miembro de asociaciones selectas [...], pero cuando menos lo esperéis, saltará inesperadamente la recalitrante estructura que necesita un par de generaciones para dejar la larva que va adherida a la primera.

según estas afirmaciones, la educación no basta para legitimar una política que sólo puede andar la buena cruz, esto es, el *hacé*.

Tres locuciones fundamentales entre Ramos Mejía de este recorrido al mercado no produce sino social, *meos biera*, separa a los *indielitos*, el predominio de los valores económicos acerca cuanto la virtud republicana, esencial para el desarrollo de una nación; finalmente, por la exalta de esos valores actúan los recién llegados, amenazando las prácticas de la clase crítica tradicional.

En estas conclusiones se encierra una gira, un duelo del cambio indicado por Alberdi para la construcción de una nación. Recordaba que el autor de los *Ensayos* confiado en las prácticas económicas como base de la producción de bien social y pertenencia nacional. Por el caso difundido la máxima latina *ubi bene, ibi patria*, que quiere decir "donde están los bienes económicos, allí está la patria". Contamos con un dato preciso para documentar ese giro: cuando en 1898 se formó la Liga Patriótica Argentina, compuesta por miembros congresales de la élite entre los cuales estaba José María Ramos Mejía, en una de sus proclamas esa asociación se opuso expresamente a la consigna del *ubi bene, ibi patria*.

¿Sabrá qué bien esasoras apoyó el bien social, el sentimiento de pertenencia a una comunidad? La respuesta ya la conocemos, y es la misma a la que apela Ramos Mejía: el sentimiento nacional. En esa línea, y desde su puesto al frente del Consejo Nacional de Educación, Ramos Mejía organizó las ceremonias escolares como procedimientos de nacionalización de los niños. Deseaba su finalidad de este modo:

Desarrollándose y con obligación lascerencia se los habla de la patria, de la bandera, de las glorias nacionales y de los ejércitos heroicos de la historia; opera el himno y lo cantan y lo recitan con celo y ardores de cántica propia; lo comen a su modo con hechicera ingenuidad, y en su verta accionada de manera cómo en de propia la edad para entrar la mental de un noble serendipio.

En el modo en que inauguró la construcción de estudiantes entre políticos y políticos que los que creía ver en el Buenos Aires de fines del siglo XIX. Y dijo "que creía ver", ya que realmente estaban desarrollando la presencia de una sociedad nacionalizada, "construyendo" —como las otras Juntas Nacionales— la educación inauguró del extranjero sólo interviniendo en sus asuntos privados y ajenos a la vida pública". Dicho sea de más,

este desfase entre lo que los contemporáneos ven y aquello que se les escapa plantea un problema clásico de la historia intelectual. Ya en *El otoño de la Edad Media* (1919), el gran historiador holandés Johan Huizinga consideró este problema en términos convincentes. Reconoce allí que los europeos del siglo XVI “no veían” en la naciente burguesía una fuerza motriz de la sociedad, sino que seguían atentos a la nobleza, y con ello desatendían a aquel sector social que efectivamente habría de revolucionar la historia. Sin embargo, concluye Huizinga, incluso aquello que los humanos no ven forma parte de su manera de percibir la realidad y de actuar en ella.

Pero volvamos a *Las multitudes*... Es evidente que si nos preguntamos desde dónde está escrito este libro, desde dónde observa la realidad que describe, la respuesta es “de arriba hacia abajo”. En efecto, Ramos Mejía mira la sociedad argentina desde el vértice superior de esa pirámide que imagina habitada por la elite a la que él pertenece, y desde donde interpreta el mundo de las masas, el mundo popular, el *mundo de abajo*. Por otro lado, la historia social nos enseña que ese mundo está en un proceso de franca y veloz transformación por el formidable impacto de lo que se llamó el “aluvión” inmigratorio, y que llevó al historiador contemporáneo José Luis Romero a definir esa etapa como la de la “Argentina aluvional”. Esa transformación no escapó a los ojos de la elite. Concretamente, al observar los datos de extranjería del censo de 1895 Rodolfo Rivarola confesaba haber encontrado “una sustitución de la sociabilidad argentina, y no una evolución”.

Hasta qué punto en una sociedad entran en contacto la cultura de elite y la cultura popular es una cuestión que varía en cada nación. En la Argentina de fines del siglo XIX y principios del siglo pasado ese formidable laboratorio social tenía su dinámica y generaba sus propias formaciones culturales. Surgió así toda una literatura y una cultura criollista —estudiada por Adolfo Prieto en su ya citado libro *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*— en las que la cultura gauchesca era apropiada y traducida por las nuevas camadas de inmigrantes. Es posible imaginar que, a medida que avanzaba el proceso, estas mezclas deben haberse producido en casi todos los aspectos: casamientos mixtos entre criollos y extranjeros o hijos de extranjeros, mixtura de hábitos alimentarios (tal como se observa en las variadas comidas que se consumen hoy en día), incorporación y mezcla de juegos, de deportes, de valores, ideas y creencias.

De hecho, algunos de estos fenómenos atrajeron la atención de la cultura de elite. Así, Ernesto Quesada estudió detalladamente las for-

maciones lingüísticas del “cocoliche” y de una literatura acorde como producto de la hibridación o mezcla del español con la lengua de los italianos. También fue el caso de Ramos Mejía en el capítulo final de *Las multitudes argentinas* al dar cuenta de un “afuera” poblado de guarangos y nuevos ricos. Él mismo dedicó a ese “mundo de abajo”, en los primeros años del nuevo siglo, un libro al que tituló *Los simuladores del talento*.

La simulación (aparentar ser lo que no se es) es un tema de época, en buena medida alimentado por el anonimato de las grandes ciudades, en las cuales (a diferencia de los pequeños poblados) ya no se sabe “quién es quién”. En *Los simuladores del talento*, Ramos Mejía confiesa su inquietud ante lo que llama “la prensa de las paredes y de los muros bien blanqueados” y que nosotros llamamos *graffiti*. En ellos —dice— los sectores populares se expresan en una lengua caótica de palotes y jeroglíficos:

Un pájaro dibujado con groseros contornos, un sol, una mano con cinco rayos, un sedicente caballo, una flecha o muchas rayas para arriba o para abajo, todo eso, combinado entre sí, mudo para nosotros, encierra sin duda alguna particular riqueza de expresiones impenetrables a los que ignoramos esta ciencia popular *sui generis*, en que tanta vida desconocida palpita a cada momento.

Ramos Mejía afirma que ha conocido a quienes así se expresan: un sastre español, un obrero, una prostituta, algunos “scruchantes”. Se le ocurre entonces que muchos de sus signos han de ser conjuros o amuletos, “algo parecido a las palabras mágicas de que se servía la plebe romana para hacerse invulnerable”.

Detengámonos un momento en este pasaje. Pensando en las sucesivas posiciones de la elite narradas hasta aquí, verificamos el significativo giro respecto de la colocación de Sarmiento. Si en el *Facundo* el intelectual se asignaba el señalado rol de intérprete y hermeneuta, y esa capacidad fijaba el límite entre la civilización y la barbarie, sesenta años después Ramos Mejía se encuentra frente a otro muro, no en los baños del Zonda sino en las paredes de la ciudad de Buenos Aires, y confiesa su impotencia para comprender esos mensajes cifrados. Así, de Sarmiento a Ramos Mejía un miembro de la elite liberal siente cuestionada su capacidad para llenar el vacío de sentido entre los enigmas y sus significados. Entonces, cercenada su capacidad para comprender

lenguas diversas, lo diferente se torna sin sentido y, por ende, angustiante y amenazante. Sobre la base de esa sospecha, se instala la paranoia: "¿No habéis observado en las paredes mil signos extravagantes pero obedeciendo algunas veces a cierto metódico plan?".

En suma, por aquí y por allá aparecen síntomas que revelan las prevenciones de la elite ante lo que se llama los "efectos no queridos" de la modernidad y de la modernización que ella misma había aceptado e impulsado. Esto es especialmente cierto en los intelectuales que cuentan con un linaje criollo y patricio, como es el caso de Ramos Mejía.

José Ingenieros

No ocurrirá lo mismo con quien fue el más reconocido discípulo de Ramos Mejía. Se trata de José Ingenieros, él mismo del aluvión inmigratorio. Existe en su biografía un dato significativo: nacido en Italia, su apellido es Ingegnieros, al que posteriormente modifica: ¿para "nacionalizarlo", para "desitalianizarlo"?

Fuera como fuese, su curva intelectual nos muestra a alguien que viene de otro lado en cuanto a sus orígenes nacionales y sociales. En efecto, Ingenieros no posee linaje, ni riqueza, ni posición política. De manera que nos encontramos ahora ante alguien que está librado a la carrera del ascenso apoyado en su práctica específicamente intelectual, es decir, en su capital simbólico, en su saber, a diferencia de Ramos Mejía o Cané, por ejemplo, que se apoyaban en una herencia social prestigiosa y en posiciones económicas y políticas asentadas.

En este sentido, Ingenieros aparece en la constelación letrada como uno de los primeros intelectuales en el sentido moderno del término, por lo que se entiende a aquel sujeto que legitima su actividad y obtiene su sustento del ámbito estrictamente intelectual. Esto es, su identidad profesional y su prestigio social derivan del desarrollo de una serie de destrezas, saberes y prácticas letradas, es decir, destrezas y saberes literarios, científicos, estéticos, etcétera. Para que esto ocurra, debe conformarse lo que se denomina un "campo intelectual", es decir, un conjunto de instituciones (escuelas, universidades, ateneos) que construyan una red con su propia lógica, en la cual se ubicarán precisamente los intelectuales. "Con su propia lógica" implica que la función intelectual no debe estar penetrada por las lógicas de otros campos, como el de la economía o la política, por ejemplo. El intelectual se legitima así en su "capital simbólico" (porque posee ciertos conocimientos

o porque escribe bien), y no será considerado en función de la posesión de otros "capitales". Una persona adinerada que practique una mala literatura, por ejemplo, no resultará consagrada ni legitimada dentro del campo intelectual.

Decir que el intelectual moderno es alguien que se legitima en su propia práctica intelectual implica que a la pregunta "¿qué lo autoriza a usted a hablar?", interrogante que otros han respondido: "mi linaje", "mi posición política" o "mi posición social", la respuesta de un Ingenieros sería: "mi saber".

En la próxima lección veremos de qué manera ese campo intelectual comienza a estructurarse en forma más sólida. Por ahora nos basta con saber que José Ingenieros se construirá con ese perfil de intelectual. Además, resulta muy interesante descubrir que dicho perfil se aviene con algunos rasgos que el positivismo presenta como definitorios de un buen científico.

Así, es evidente que Ingenieros se presenta como un investigador "objetivo". Y ocurre que para alcanzar dicha objetividad es preciso independizarse de todo interés político, ya que en las visiones políticas imperan las pasiones, las cuales obnubilan la verdad y dan rienda suelta a la imaginación. Nótese que aquí la objetividad, esto es, la ciencia, aparece en las antípodas de la actividad política, y de este modo se está diciendo que el saber debe ocupar un espacio autónomo respecto de ella. Esto es así porque la ciencia persigue el valor de la verdad, mientras la política tiene como su dios el poder, y por ello obedecen a diferentes lógicas de acción.

Todos los textos de Ingenieros de su período de positivismo más ortodoxo (entre fines del siglo XIX y 1910 aproximadamente) están encuadrados en un programa de conocimiento de la sociedad mediante un método científico alejado de toda subjetividad. Su concepción más perfilada al respecto puede leerse en un artículo de 1908 titulado "De la sociología como ciencia natural", que luego incorporó a su libro *Sociología argentina*. Allí propone su proyecto científico, al que pretende, por ende, neutralmente valorativo:

Las opiniones expuestas a continuación no pueden corresponder a las tendencias de ningún partido político o de tal historiador. Una circunstancia de ese género no agregaría autoridad a lo escrito. La interpretación de la experiencia social no ha sido nunca la norma de la acción política colectiva, generalmente movida por pasiones e intereses de los que sólo

pocos tienen conciencia; los historiadores suelen reflejar sus sentimientos personales o los de su grupo inmediato, supeditando a ellos los hechos, cuando no son desviados de la verdad por las naturales inclinaciones del temperamento imaginativo.

Asimismo, los cambios sociológicos suelen operarse sin que las colectividades perciban el nuevo rumbo, de modo que los grupos sociales son como "bajeles que marchan sin brújula", arrastrados por corrientes que la conciencia social no sospecha.

De tal modo, Ingenieros se construye con el perfil del sabio científico, y este rasgo se muestra en todo su despliegue en su "voluntad de sistema". Es decir, ya no se trata de alguien que escribe guiado por su inspiración momentánea, sino de quien practica una disciplina continua y busca construir un conjunto de ideas y conceptos articulados en un todo coherente. Tan es así que, sobre la base de dos influencias teóricas básicas, el marxismo y el evolucionismo spenceriano, Ingenieros producirá una síntesis que denominará "bioeconomismo". De Spencer adopta lo que considera las nociones fundamentales del sistema: la experiencia empírica (fundada en datos percibidos por los sentidos) determina el conocimiento; estos hechos están relacionados por leyes inflexibles (todo fenómeno responde a un determinismo riguroso, con lo cual la libertad es una ilusión) y la entera realidad evoluciona en forma permanente y se desarrolla hacia lo mejor.

De lo dicho se comprende que esta concepción sostenía que el positivismo debía mantener una relación conflictiva con el liberalismo. Más de una vez, en efecto, Ingenieros se opondrá "desde la ciencia" al triple dogma de la Revolución Francesa (*liberté, égalité, fraternité*). A la libertad, porque la ciencia muestra que en el universo impera un rígido determinismo. A la igualdad, dado que el darwinismo señala con evidencias que los organismos vivientes de cualquier índole son naturalmente desiguales, y que esas desigualdades son las que explican el triunfo de unos y el fracaso de otros en su adaptación al medio. Por fin, a la fraternidad porque lo que impera entre los individuos es la lucha por la supervivencia. Por todo esto considera que en la sociedad imperan leyes que realizan una justa selección mediante "un trabajo de eliminación de los más débiles por los más fuertes", según afirma Ingenieros.

En síntesis, para Ingenieros existe una base biológica, un medio dominante y unas prácticas económicas que interactúan en la evolución de las sociedades. Estas variables le permiten intervenir en un debate que se ha desatado en toda Iberoamérica desde las últimas décadas del

siglo XIX. Para entonces, los Estados Unidos de América se están convirtiendo en una potencia en el escenario mundial, mientras Centro y Sudamérica experimentan serias dificultades para emprender un camino de progreso. Para colmo, en 1898 estalla la guerra entre Estados Unidos y España, en la cual esta última sufre una ominosa derrota y pierde sus últimas dependencias coloniales, incluida Cuba. Entre la admiración y el temor, en toda Hispanoamérica las clases dirigentes y letradas se preguntan cuál es la causa del retraso de esta parte del continente.

En su artículo "La formación de una raza argentina", Ingenieros aplica su visión sociológica positivista para responder a esta cuestión. A su entender, la explicación reside en tres causas principales: la desigual civilización alcanzada por las sociedades indígenas preexistentes a la conquista, el diferente tipo de conquista y colonización europea y la desigualdad del medio físico de sus diferentes regiones. Por ello, sostiene que en el norte de América se produjo el resultado más feliz debido a "la excelencia étnica y social de las razas blancas inmigradas, el clima propicio a su adaptación y su no mestización con las de color". Por el contrario, en la zona tropical de América del Sur se han producido las peores consecuencias, mientras que en la zona templada (a la que pertenece la Argentina), si bien existieron núcleos numerosos de "razas inferiores" (como llama a indios y negros), el cruzamiento ha sido progresivo, dado que se ha operado un auténtico proceso de "blanqueamiento" de la sociedad, a lo cual mucho ha contribuido el proceso inmigratorio. Sobre esta base étnica actúan las fuerzas económicas, enormemente favorecidas por la fertilidad del medio argentino, que permite una enorme creación de riquezas agropecuarias. A ellas se les sumarán —pronostica— las provenientes de una industria aún incipiente.

Siguiendo este esquema lineal, Ingenieros sostiene una suerte de transparencia entre economía y política, y por eso pronostica que el desarrollo productivo definirá clases sociales diferenciadas, que a su vez serán las condiciones de posibilidad para un funcionamiento político moderno. De tal manera, en un escrito de 1904 prevé la emergencia de cuatro sectores políticos fundamentales: dos partidos de gobierno, uno conservador y otro progresista (que representarán respectivamente a la clase rural y a la burguesía industrial) y, en los extremos opuestos, los reaccionarios y los revolucionarios, definidos estos últimos como quienes "no retroceden ante la eventualidad de una crisis revolucionaria para apresurar la realización de sus ideas y suplir por la fuerza el número que les falta".

Entonces, se trata sin duda de uno de los períodos en los que el horizonte real acordado al socialismo se ha estrechado más profundamente, lo cual coincide con uno de los momentos de mayor acercamiento de Ingenieros a los círculos liberales. Resulta coherente por tanto que estas nuevas adhesiones teóricas tuvieran lugar junto con la adscripción de Ingenieros a nuevos espacios institucionales. Hacia 1899, abandona su militancia en el Partido Socialista y tres años más tarde renuncia a su afiliación (aunque siempre, confiesa, "votará socialista"). En 1900 obtiene el cargo de jefe de clínica en el Servicio de Observación de Alienados de la policía de Buenos Aires, cuya dirección desempeñará entre 1904 y 1911, y desde 1907 dirige el Instituto de Criminología anexo a la Penitenciaría Nacional. También en 1900 se hace cargo de la dirección de *Archivos de Criminología, Medicina Legal y Psiquiatría*, donde permanecerá hasta 1913.

Ingenieros coincide con una plena confianza en el futuro de grandeza de la Argentina, ampliamente difundida en casi todos los sectores. Esa confianza se apoyaba en el formidable crecimiento económico, que colocaba al país entre los primeros del mundo, hasta el punto de que entonces se hablaba del "milagro argentino" y en Europa se decía "rico como un argentino".

Fiel al mito de la grandeza argentina, Ingenieros considera que también en este aspecto el país ha sellado un pacto con el destino, ya que la feracidad del medio nacional posibilita una enorme producción de bienes agropecuarios, a los que se le añadirían en poco tiempo los provenientes de una industria todavía incipiente. Según el esquema señalado, que se afirma en la transparencia de las relaciones entre economía y política, Ingenieros cree que las condiciones para un funcionamiento político moderno ya se encuentran en vías de realización. Podría decirse que en este momento Ingenieros retoma el etapismo alberdiano: a partir de la economía se moldea la sociedad, y de ésta emana la política. Al cumplirse ese proceso gradualista, se extinguiría la denostada política criolla, esto es, el fantasma que atormentaba al Partido Socialista al observar una cultura política en la que los ciudadanos resultaban cooptados por relaciones clientelares y por liderazgos carismáticos en lugar de serlo por programas de ideas y principios.

Por todo esto, tendría lugar una confluencia virtuosa de esos diversos factores, todos los cuales, según la perspectiva de Ingenieros, auguran para la Argentina un destino de potencia imperialista. Para contextualizar estas afirmaciones, debe tenerse en cuenta que estas creencias eran auténticas convicciones de época en el mundo occidental, que

abarcaban desde los sectores nacionalistas y liberales hasta algunos socialistas, y que en general giraban sobre argumentos de distinto nivel. Estos argumentos podían referirse tanto a la responsabilidad del hombre blanco (esto es, una supuesta misión de tutela sobre las demás razas), así como a que sólo las naciones capaces de convertirse en imperios resultarían finalmente viables. Con todo, el imperialismo imaginado por Ingenieros se caracterizará por un expansionismo esencialmente pacífico y difusor de la civilización. Es decir, que también en este aspecto nuestro país sería un caso excepcional. El pronosticado imperialismo argentino sería virtuoso porque —a diferencia de los nortatlánticos— será una expresión *pacífica* de la lucha darwiniana entre las naciones. La Argentina puede entonces aspirar a un liderazgo semejante al estadounidense en este sector del continente.

Desde estos supuestos, el discurso positivista de Ingenieros interviene en la polémica conocida como “querella por la nacionalidad” tratando de definir “qué es ser argentino”, tal como veremos más detalladamente en la próxima lección. Para concluir con este recorrido de la primera parte de la carrera intelectual de Ingenieros (volveremos a encontrarlo en la lección 7), apuntemos que también en este punto existe congruencia entre sus orígenes socioculturales y su propuesta nacionalizadora. Porque, a diferencia de otros intelectuales de linaje criollo ya presentados en estas lecciones —como Miguel Cané o Ramos Mejía—, la nación de Ingenieros no se encuentra en el pasado sino en el porvenir. Esto se debe a que Ingenieros piensa que, a partir de la mezcla que se está produciendo con el aporte extranjero, en un futuro aún indeterminado surgirá una nueva “raza” que definirá el tipo argentino.

Mientras ese futuro llega, sostiene que la clase gobernante debe entender que, ante los conflictos que se producen en el mundo del trabajo, no debe implementarse una política coercitiva sino consensual. Para ello es preciso atender a la educación de la clase obrera y al mejoramiento de sus condiciones de vida, dado que —escribe Ingenieros— “la retórica antiburguesa y dinamitera es el plato favorito de las multitudes descontentas”. Piensa asimismo que cuanto más civilizada es una sociedad, más se desarrolla la solidaridad social. De hecho, un episodio donde creyó encontrar las condiciones propicias para este tipo de propuestas fue el proyecto de ley de reforma laboral planteado por Joaquín V. González. Por eso, Ingenieros lo saluda como uno de los “más osados reformadores del presente siglo” y entiende que la aprobación de dicho proyecto prácticamente realizaría el programa mínimo del Partido Socialista Argentino. Resulta sumamente elocuente esta colocación de In-

genieros, ubicado en el mismo terreno de un reformista liberal como González.

Por fin, sobre las bases así sentadas Ingenieros construye un modelo de sociedad jerarquizado en tres estratos o sectores. En la cima, las minorías poseedoras de ideales y del saber científico, encargadas de liderar los cambios sociales; luego, las multitudes honestas, productivas y nediocres, auténticos baluartes del orden, y ambas separadas de los márgenes donde pululan los sujetos de la locura y el delito (a veces en las vecindades del anarquismo terrorista). De ese modo, Ingenieros entiende que la nave de la argentinidad podrá alcanzar el destino de grandeza que la torna excepcional dentro del contexto latinoamericano.